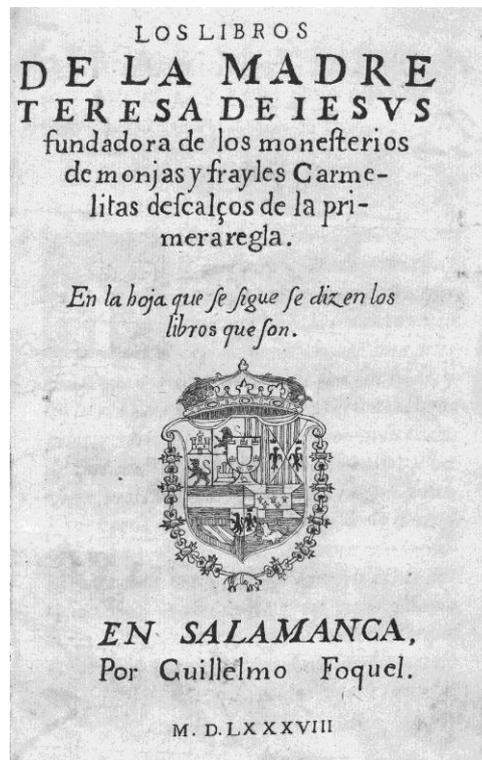


AUTORA	Teresa de Jesús
TÍTULO	<i>Los libros de la Madre Teresa de Jesús fundadora de los monesterios de monjas y frailes Carmelitas descalços de la primera regla. En la boja que se sigue se dizēn los libros que son.</i>
DATOS BIBLIOGRÁFICOS	Salamanca: Guillelmo Foquel, 1588; [8], 560, [8], 268 p., 304 p.; 4°.
EJEMPLAR	Madrid, Biblioteca Nacional, R/14241 (texto completo) Digitalización de las tres partes completas en la Biblioteca Digital de CyL (1) (2) (3)
NOTAS	<p>La obra completa consta de tres partes que incluyen la <i>Vida</i>, el <i>Camino de perfección</i> y el <i>Castillo interior o moradas</i>, cada una de ellas con su propia portada y paginación independiente. Así se describe en el catálogo de la Biblioteca Nacional de España.</p> <p>La vida de la madre Teresa de Iesus y algunas de las mercedes que Dios le hizo / escritas por ella misma, p. 25-560; Libro llamado camino de perfeccion que escriuio para sus monjas la madre Teresa de Iesus ..., hasta la p. 259 de la segunda secuencia de pag., con port. propia ; Auisos de la madre Teresa de Iesus para sus monjas, p. 260-268 ; Libro llamado Castillo interior o Las moradas ..., p. 1-268 de la tercera secuencia de pag. Exclamaciones o meditaciones del alma en diferentes dias conforma al espiritu que le comunicaua nuestro Señor despues de auer comulgado, año de mil y quinientos y sesenta y nueue, p. 269-304.</p> <p>Esta disposición añade también paratextos intermedios, de modo que hay una censura, privilegio, dedicatoria y prólogo de fray Luis de León comunes a todas las obras, pero cada una de ellas a su vez incluye un prólogo de santa Teresa. Así, en la siguiente edición se observará que sí hay varios prólogos y que cada uno de ellos va después de una portada y con una paginación repetida. Todo ello respeta la disposición y datos del original.</p>
RESPONSABLES	Mª Leticia Sánchez Hernández

PORTADA DEL EJEMPLAR



[h. 1r] [Portada]

Los libros de la Madre Teresa de Jesús. Fundadora de los monasterios de monjas y frailes carmelitas descalzos de la primera regla.

En la hoja que se sigue se dicen los libros que son

[Grabado con el escudo de España correspondiente al reinado de Felipe II 1580. Escudo contracuartelado, coronado y rodeado por el collar del Toisón. Primer campo, Castilla-León; segundo campo partidos Aragón y Aragón Dos Sicilias; entado en punta, Granada; sobre el todo, Portugal. Tercer campo cortado, Habsburgo y Borgoña Antiguo; cuarto campo cortado, Borgoña Moderno y Brabante; sobre el todo partidos, Flandes-Tirol]

En Salamanca, por Guillelmo Foquel, MDLXXXVIII [1588]

[h. 1v]

Un tratado de su vida, llamamiento y aprovechamiento con algunas cosas de oración.

Otro tratado del camino de perfección, juntamente con unas reglas y avisos.

Otro que se intitula *Castillo espiritual*, o las *Moradas*. Con unas *Exclamaciones o meditaciones espirituales*.

[Grabado con el escudo carmelitano]

[h. 2r] Censura

He visto los libros que compuso la madre Teresa de Jesús, que se titulan *De su vida*, y las *Moradas*, y *Camino de perfección*, con lo demás que se junta con ellos, que son de muy sana y católica doctrina, y a mi parecer de grandísima utilidad para todos los que los leyeren, porque enseñan cuán posible es tener estrecha amistad el hombre con Dios, y descubren los pasos por donde se sube a este bien y avisan de los peligros y engaños que puede haber en este camino. Y todo ello con tanta facilidad y dulzura, por una parte, y por otra con palabras tan vivas, que ninguno los leerá que si es espiritual no halle grande provecho; y si [h. 2v] no lo es, no desee serlo y se anime para ello, o a lo menos no admire la piedad de Dios con los hombres que le buscan y cuán presto le hallan y el trato dulce que con ellos tiene. Y así para el loor de Dios y para el provecho común conviene que estos libros se impriman y publiquen. En San Felipe de Madrid, a ocho de septiembre de 1587.

Fray Luis de León.

[h. 3r] Suma del privilegio

Su majestad concede por su privilegio al provincial y orden de los carmelitas descalzos que por espacio de diez años que se cuentan desde el día de la fecha, nadie pueda, sin su licencia, imprimir los libros de la madre Teresa de Jesús, que se titulan *De su Vida*, y *Camino de Perfección* y *Las Moradas*, ni traerlos a estos reinos de otra parte impresos, so las penas en él contenidas. Dado en el bosque de Segovia a 24 de octubre de 1586.

Tasa

Yo, Pedro Çapata del Mármol, escribano de cámara del rey nuestro señor, doy fe que los señores del consejo de pedimento y suplicación de fray Nicolás de Jesús María, provincial de la orden de los carmelitas descalzos, tasaron un libro titulado *La vida de la Madre Teresa de Jesús*, y *Camino de Perfección* y *Las Moradas*, que con licencia de su majestad se imprimió a tres maravedís y medio cada pliego en papel, y al dicho precio y no más mandaron que se venda y que primero que se venda ningún libro, se imprima esta tasa en la primera hoja de cada volumen. Y para que de ello conste de pedimento del dicho provincial y mandamiento de los señores del consejo, di la presente firmada de mi nombre, que es hecha en la villa de Madrid a veintiocho días del mes de abril de mil quinientos ochenta y ocho años. [1588]

Pedro Çapata del Mármol.

[h. 3v]

A la emperatriz nuestra señora, el provincial y orden de los carmelitas descalzos.

Nuestra santa madre Teresa de Jesús, movida de Dios, escribió, para enseñamiento de los monasterios que fundó de la primera regla de su orden, algunos tratados llenos de doctrina y de espíritu, que siendo vistos y examinados ha parecido serán de grande provecho para las almas. Estos ofrecemos ahora a vuestra majestad como la más preciosa joya que tenemos, para que, saliendo a luz debajo de su real amparo, quien los viere los precie y estime en lo que son. Demás de que obras tan grandes y de tan santa mujer por derecho se deben a vuestra majestad, que es la mayor de todas, no menos en santidad que en grandeza. Dios guarde a vuestra majestad. En Madrid a 10 de abril de 1588.

El provincial.

[h. 4r]

[Grabado que ocupa toda la plana. Retrato de Teresa de Jesús siguiendo el pintado por fray Juan de la Miseria en 1576 y conservado en las carmelitas descalzas de Sevilla. En la parte inferior de la estampa leyenda en letras capitales: *La madre Teresa de IHS fundadora de los descalzos carmelitas*. La composición está rodeada por un marco que reproduce un contario de perlas]

[h. 4v] [En blanco]

[p. 1]

A las madres priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid. El maestro Fray Luis de León. Salud en Jesucristo.

Yo no conocí ni vi a la madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas ahora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros, que a mi juicio son también testigos fieles y mayores de toda excepción de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo y sus palabras, si las oyera, me declararan algo de la virtud de su alma. Y lo primero era común y lo segundo, sujeto a engaño, de que carecen estas dos cosas en que la veo ahora, que, como el sabio dice, el hombre en sus hijos se conoce, porque los frutos que cada uno deja de sí cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida.

[p. 2] Y por tal le tiene Cristo cuando en el evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente a sus frutos: “De sus frutos –dice– los conoceréis”. Así que la virtud y santidad de la madre Teresa, que viéndola a ella me pudiera ser dudosa e incierta, esa misma ahora no viéndola y viendo sus libros y las obras de sus manos que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia que puso Dios en la que hizo para madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido lo que en ellas Dios ahora hace y por ellas. Que si es milagro lo que avviene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias y nuevas que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es que una mujer y sola haya reducido a perfección una orden en mujeres y en hombres, y otro la grande perfección a que los redujo, y otro y tercero el grandísimo crecimiento que ha venido en tan [p. 3] pocos años y de tan pequeños principios, que cada una por sí son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como escribe San Pablo, luego se ve que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa que emprendiese una cosa tan grande y tan sabia y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones que trataba para hacerlos de Dios y llevase las gentes empós de sí a todo lo que aborrece el sentido. En que a lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos herejes que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles que son de su bando para envilecerle y para hacer burla de él, ponerle delante no un hombre valiente rodeado de letras, sino una pobre mujer que le desafiase y levantase bandera contra él, e hiciese públicamente gente que le venza, y huelle y acocee. Y quiso, sin duda, para demostración de lo mucho que puede en esta [p. 4] edad, adonde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien demostrarnos que no se envejece su gracia ni es ahora menos la virtud de su espíritu que fue en los primeros y felices tiempos de ella, pues con medios más flacos en linaje que entonces hace lo mismo o casi lo mismo que entonces. Porque (y este es el segundo milagro) la vida en que vuestras reverencias viven y la perfección en que las puso su madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la Iglesia primera? Que ciertamente lo que leemos en las historias de aquellos tiempos, eso mismo vemos ahora con los ojos en sus costumbres y su vida nos demuestra en las obras lo que ya por el poco uso parecía estar en solos los papeles y las palabras; y lo que leído admira y apenas la carne lo cree, ahora lo ve hecho en vuestra reverencia y en [p. 5] sus

compañeras, que, desasidas de todo lo que no es Dios y ofrecidas en solos los brazos de su esposo divino, y abrazadas con él, con ánimos de varones fuertes en miembros de mujeres tiernos y flacos, ponen en ejecución la más alta y más generosa filosofía que jamás los hombres imaginaron. Y llegan con las obras adonde en razón de perfecta vida y de heroica virtud apenas llegaron con la imaginación los ingenios. Porque huellan la riqueza, y tienen en odio la libertad, y desprecian la honra, y aman la humildad y el trabajo y todo su estudio es con una santa competencia procurar adelantarse en la virtud de continuo, a que su esposo les responde con una fuerza de gozo que les infunde en el alma, tan grande que, en el desamparo y desnudez de todo lo que da contento en la vida, poseen un tesoro de verdadera alegría, y huellan generosamente sobre la naturaleza toda como exentas de sus leyes o verdaderamente como superiores a ellas. Que ni el trabajo las cansa ni el encerramiento las fatiga ni la enfermedad las descae ni la muerte [p. 6] te las atemoriza o espanta, antes las alegra y anima. Y lo que entre todo esto hace maravilla grandísima es el sabor o, si lo habemos de decir así, la facilidad con que hacen lo que es extremadamente dificultoso de hacer. Porque la mortificación les es regocijo y la resignación, juego; y pasatiempo, la aspereza de la penitencia; y como si se anduviesen solazando y holgando, van poniendo por obra lo que pone a la naturaleza en espanto, y el ejercicio de virtudes heroicas le han convertido en un entretenimiento gustoso, en que muestran bien por la obra la verdad de la palabra de Cristo, que su yugo es suave y su carga ligera. Porque ninguna seglar se alegra tanto en sus aderezos cuanto a vuestras reverencias les es sabroso el vivir como ángeles. Que tales son sin duda no solo en la perfección de la vida, sino también en la semejanza y unidad que entre sí tienen en ella, que no hay dos cosas tan semejantes cuanto lo son todas entre sí y cada una a la otra. En el habla, en la modestia, en la humildad, en la discreción, en la [p. 7] blandura de espíritu y finalmente en todo el trato y estilo. Que como las anima una misma virtud, así las figura a todas de una misma manera y como en espejos puros y resplandece en todas un rostro, que es el de la madre santa que se traspasa en las hijas. Por donde, como decía al principio, sin haberla visto en la vida la veo ahora con más evidencia, porque sus hijas no solo son retratos de sus semblantes, sino testimonios ciertos de sus perfecciones, que se les comunican a todas y van de unas en otras con tanta presteza cundiendo que (y es la maravilla tercera), en espacio de veinte años que puede haber desde que la madre fundó el primer monasterio hasta esto que ahora se escribe, tiene ya llena a España de monasterios en que sirven a Dios más de mil religiosos, entre los cuales vuestras reverencias las religiosas relucen como los luceros entre las estrellas menores. Que como dio principio a la reformation una bienaventurada mujer, así las mujeres de ella parece que en todo llevan ventaja y no solamente en su orden son luces de guía, sino también son honra [p. 8]

de nuestra nación, y gloria de esta edad, y flores hermosas que embellecen la esterilidad de estos siglos, y ciertamente partes de la Iglesia de las más escogidas, y vivos testimonios de la eficacia de Cristo, y pruebas manifiestas de su soberana virtud, y expresos dechados en que hacemos casi experiencia de lo que la fe nos promete. Y esto cuanto a las hijas, que es la primera de las dos imágenes. Y no es menos clara ni menos milagrosa la segunda que dije, que son las escrituras y libros, en los cuales sin ninguna duda quiso el Espíritu Santo que la madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata y en la delicadeza y claridad con que las trata excede a muchos ingenios. Y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo me admiro de nuevo y en muchas partes de ellos me parece que no es ingenio de hombre [p. 9] el que oigo. Y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas oscuras y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son, a mi parecer, los que con más eficacia hacen: uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud; y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen a Dios delante los ojos del alma y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y la deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, déjanla no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso [p. 10] y tibieza, y tan alentada, y --si se puede decir así-- tan ansiosa del bien, que vuela luego a él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan. De que vuestras reverencias, entiendo yo, son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes, porque ninguna vez me acuerdo leer en estos libros que no me parezca oigo hablar a vuestras reverencias ni al revés: nunca las oí hablar que no se me figurase que leía en la madre. Y los que hicieren experiencia de ello verán que es verdad, porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu, la misma facilidad y dulzura en decirlas, la misma destreza, la misma discreción, sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos. Verán la misma manera de santidad, no placera ni milagrosa, sino tan

infundida por todo el trato en sustancia que algunas veces, sin mentar a Dios, [p. 11] dejan enamoradas de él a las almas.

Así que tornando al principio, si no la vi mientras estuvo en la tierra, ahora la veo en sus libros e hijas. O por decirlo mejor, en vuestras reverencias solas la veo ahora, que son sus hijas de las más parecidas a sus costumbres y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros, que salen a luz y el consejo real me los cometi6 que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos a ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el consejo mand6, sino tambi6n en cotejarlos con los originales mismos, que estuvieron en mi poder muchos d6as, y en reducirlos a su propia pureza en la misma manera que los dej6 escritos de su mano la madre, sin mudarlos ni en palabras ni en cosas, de que se hab6an apartado mucho los traslados que andaban, o por descuido de los escribientes [p. 12] o por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribi6 un pecho en quien Dios viv6a y que se presume le mov6a a escribirlas fue atrevimiento grand6simo y error muy feo querer enmendar las palabras, porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la raz6n que comienza la mezcla con otras razones y rompe el hilo comenzado muchas veces con cosas que injiere, mas inj6relas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es el lunar del refr6n. As6 que yo los he restituido a su primera pureza. Mas porque no hay cosa tan buena en que la mala condici6n de los hombres no pueda levantar un achaque, ser6 bien aqu6 y hablando con vuestras reverencias responder con brevedad a los pensamientos de algunos.

Cu6ntanse en estos libros revelaciones y tr6tanse en ellos cosas interiores que pasan [p. 13] en la oraci6n apartadas del sentido ordinario, y habr6 por ventura quien diga, en las revelaciones, que es caso dudoso y que as6 no conven6a que saliesen a luz, y en lo que toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual y de pocos, y que ponerlo en p6blico a todos podr6 ser ocasi6n de peligro, en que verdaderamente no tienen raz6n. Porque en lo primero de las revelaciones, as6 como es cierto que el demonio se transfigura algunas veces en 6ngel de luz, y burla y engaña las almas con apariencias fingidas, as6 tambi6n es cosa sin duda y de fe que el Esp6ritu Santo habla con los suyos, y se les muestra por diferentes maneras, o para su provecho o para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir ni curar, porque son ilusiones, as6 estas segundas merecen ser sabidas y escritas, que, como el 6ngel dijo a Tob6as, el secreto del rey bueno es esconderlo, mas las obras de Dios cosa santa y debida es manifestarlas y

descubrirlas. ¿Qué santo hay que no haya tenido alguna revelación? O ¿qué vida de santo se [p. 14] escribe en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las órdenes de los santos Domingo y Francisco andan en las manos y en los ojos de todos y casi no hay hoja en ellas sin revelación o de los fundadores o de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna y no les habla para que nadie lo sepa, sino para que venga a luz lo que les dice, que como es luz ámala en todas sus cosas y como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales a uno, sino para aprovechar por medio de él otros muchos. Mientras se dudó de la virtud de la santa madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era porque aún no se vía la manera en que Dios aprobaba sus obras, bien fue que estas historias no saliesen a luz ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos, mas ahora después de su muerte, cuando las mismas cosas y el suceso de ellas hacen certidumbre que es Dios y cuando el milagro de la incorrupción de su cuerpo y otros milagros que [p. 15] cada día hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu Santo, y oscurecer sus maravillas y poner velo a su gloria. Y así ninguno que bien juzgue tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran. Que lo que algunos dicen ser inconveniente, que la madre misma escriba sus revelaciones de sí para lo que toca a ella y a su humildad y modestia, no lo es, porque las escribió mandada y forzada; y para lo que toca a nosotros y a nuestro crédito, antes es lo más conveniente. Porque de cualquier otro que las escribiera se pudiera tener duda si se engañaba o si quería engañar, lo que no se puede presumir de la madre, que escribía lo que pasaba por ella y era tan santa que no trocara la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo es que disgustan de semejantes escrituras no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el [p. 16] que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie, que no lo pensarían si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? y si creen que fue crucificado y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer a un siervo suyo y hablarle o hacerse él como siervo nuestro y padecer muerte? Anímense los hombres a buscar a Dios por el camino que Él nos enseña, que es la fe y la caridad y la verdadera guarda de su ley y consejos, que lo menos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error; y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están a juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí, cuya historia no solo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es

provechosa y necesaria para el conocimiento de las buenas en [p. 17] aquellos que las tuvieren. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó a la madre Teresa, sino dice también las diligencias que ella hizo para examinarlas, y muestra las señales que dejan de sí las verdaderas y el juicio que debemos hacer de ellas y si se ha de apetecer o rehusar el tenerlas. Porque lo primero esta escritura nos enseña que las que son de Dios producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe como para la salud de otros muchos. Y lo segundo nos avisa que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios revelado en sus libros y lo que dicta la sana y verdadera razón. Lo otro nos dice que no las apetezcamos ni pensemos que está en ellas la perfección del espíritu, o que son señales ciertas de la gracia, porque el bien de las almas está propiamente en amar a Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificación de los afectos, y mayor desnudez y desasimiento de nosotros mismos y de todas [p. 18] las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras esta escritura, nos lo demuestra luego con el ejemplo de la misma madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el examen que de ellas hizo, y cómo siempre se gobernó no tanto por ellas cuanto por lo que le mandaban sus prelados y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformation que en ella hicieron y en toda su orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan ni son dudosas ni abren puerta para las que lo son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren y son para este conocimiento como la piedra del toque estos libros.

Resta ahora decir algo a los que hallan peligro en ellos por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos. Porque como haya tres maneras de gentes, unos que tratan de oración, otros que si quisiesen podrían tratar de ella, otros que no podrían por la condición de su estado, pregunto yo, ¿cuáles son [p. 19] los que de estos peligran? ¿Los espirituales? No, si no es daño saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen disposición para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí no solo quien los guíe cuando lo fueren, sino quien los anime y encienda a que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros, ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿Que quien se desnuda de todo le halla? ¿Los regalos que hace a las almas? ¿La diferencia de gustos que les da? ¿La manera como las apura y afina? ¿Qué hay aquí que sabido no santifique a quien lo leyere? ¿Que no críe en él admiración de Dios y que no le encienda en su amor? Que si la consideración de estas obras exteriores que hace Dios en la creación y gobernación de las cosas es escuela de común provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas, ¿cómo puede ser dañoso a ninguno? Y cuando alguno por su mala disposición sacara daño, ¿era justo por [p. 20] eso cerrar la puerta a

tanto provecho y de tantos? No se publique el evangelio, porque en quien no le recibe es ocasión de mayor perdición, como San Pablo decía. ¿Qué escrituras hay, aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas débese atender a si ellas son buenas en sí y convenientes para sus fines y no a lo que hará de ellas el mal uso de algunos, que si a esto se mira, ninguna hay tan santa que no se pueda vedar. ¿Qué más santos que los sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio como sagaz y que vela en dañarnos, muda diferentes colores y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado y cuidadoso del bien de los prójimos para, por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno y provechoso en común. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren e hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lección de estos libros, que ganará en la ignorancia o malicia de cual o [p. 21] cual que por su indisposición se ofendiere. Y así, por no perder aquellos, encarece y pone delante los ojos el daño de estos que él por otros mil caminos tiene dañados. Aunque, como decía, no sé ninguno tan mal dispuesto que saque daño de saber que Dios es dulce con sus amigos y de saber cuán dulce es y de conocer por qué caminos se le llegan las almas, a que se endereza toda esta escritura. Solamente me recelo de unos que quieren guiar por sí a todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio, a los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos, mas quiero rogar a los demás que no les den crédito, porque no le merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es que la santa madre, hablando de la oración que llama de quietud y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace a las almas en [p. 22] muchas partes de estos libros, acostumbra decir que está el alma junto a Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla y otras cosas de esta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios ni de otros ningunos por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí que la tienen, si no son aquellos a quien Dios lo revela. Que la madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice y de mucho más que no dice, escribe en uno de ellos estas palabras de sí: “Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto si os amo y si son aceptos mis deseos delante de vos”¹. Solo quiere decir lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten a Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas y alumbrarlas, dándoles avisos y gustos, que aunque son grandes mercedes de Dios y que muchas veces o andan

¹ [Al margen:] Libro *Camino de Perfección* cap. 4

con la [p. 23] gracia que justifica o encaminan a ella, pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve que la puede haber en el que está en mal estado, el cual entonces está cierto de que Dios le habla y no sabe si le justifica, y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla y enseña. Y esto se ha de advertir cuanto a toda la doctrina en común, que, en lo que toca particularmente a la madre, posible es que después que escribió las palabras que ahora yo refería, tuviese alguna propia revelación y certificación de su gracia. Lo cual así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue, porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso y las mercedes que le hizo en sus años postreros, a que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla en común. Y con este advertimiento queda [p. 24] libre de tropiezo toda esta escritura que, según yo juzgo y espero, será tan provechosa a las almas cuanto en las de vuestras reverencias, que se criaron y se mantienen con ella, se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí. En San Felipe de Madrid, a quince de septiembre de 1587.

[p. 25] **La vida** [adorno horizontal]

La vida de la madre Teresa de Jesús y algunas de las mercedes que Dios le hizo, escritas por ella misma por mandado de su confesor, a quien lo envía y dirige, y dice así.

Quisiera yo que como me han mandado y dado larga licencia para que escriba el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho, me la dieron para que muy por menudo y con claridad dijera mis grandes pecados y ruin vida. Díerame gran consuelo, mas no han querido, antes atádome mucho en este caso. Y por esto pido por amor del Señor tenga delante de los ojos quien este discurso de mi vida leyere que ha sido tan ruin que no he hallado santo de los que se tornaron a Dios con quien me consolar, porque considero que después que el Señor los llamaba, no le [p. 26] tornaban a ofender. Yo no solo tornaba a ser peor, sino que parece traía estudio a resistir las mercedes que su majestad me hacía, como quien se veía obligar a servir más, y entendía de sí no podía pagarlo menos de lo que debía. Sea bendito por siempre, que tanto me esperó, a quien con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con toda claridad y verdad yo haga esta relación que mis confesores me mandan y aun el Señor sé yo quiere muchos días ha, sino que yo no me he atrevido, y que sea para gloria y alabanza suya y para que de aquí adelante, conociéndome ellas mejor, ayuden a mi flaqueza para que pueda servir algo de lo que debo al Señor, a quien siempre alaben todas las cosas. Amén.

[p. 560] [Colofón] En Salamanca por Guillelmo Foquel. Año de MDLXXXVIII [1588]

[h. 1r] [Portada]

Libro llamado camino de perfección, que escribió para sus monjas la madre Teresa de Jesús, fundadora de los monasterios de las carmelitas descalzas, a ruego de ellas.

Impreso conforme a los originales de mano enmendados por la misma madre y no conforme a los impresos, en que faltaban muchas cosas y otras andaban muy corrompidas.

En Salamanca, por Guillelmo Foquel, MDLXXXVIII [1588]

[h. 2r] Argumento general del libro.

Este libro trata de avisos y consejos que da Teresa de Jesús a las hermanas religiosas e hijas suyas de los monasterios que con el favor de Nuestro Señor y de la gloriosa Virgen madre suya, señora nuestra, ha fundado de la regla primera de nuestra señora del Carmen. En especial le dirige a las hermanas del monasterio de San Joseph [José] de Ávila, que fue el primero de donde ella era priora cuando le escribió. Año de 1562.

[h. 2v] Protestación.

En todo lo que en él dijere me sujeto a lo que tiene la santa Iglesia romana y si alguna cosa fuere contraria a esto, será por no lo entender. Y así, a los letrados que lo han de ver pido, por amor de nuestro Señor, que muy particularmente lo miren y enmienden si alguna falta en esto hubiere y otras muchas que terná en otras cosas. Si algo hubiere bueno, sea para honra y gloria de Dios y servicio de su santísima madre, patrona y señora nuestra, cuyo hábito yo tengo, aunque harto indigno de él.

[h. 3r] Prólogo.

Sabiendo las hermanas de este monasterio de San José de Ávila cómo tenía licencia del padre presentado fray Domingo Báñez [Báñez], de la orden del glorioso santo Domingo, que al presente es mi confesor, para escribir algunas cosas de oración, en que parece podré atinar por haber tratado con muchas personas espirituales y santas, hanme tanto importunado les diga algo de ella, que me he determinado a las obedecer, viendo que el amor grande que me tienen puede hacer más acepto lo imperfecto, por mal estilo en que yo lo dijere, que algunos libros que están muy bien escritos de quien sabía lo que escribió. [h. 3v] Yo confío en sus oraciones, que podrá ser por ellas el Señor se sirva acierte a decir algo de lo que al modo y manera de vivir que se lleva en esta casa conviene y me lo dará para que se lo dé. Y si fuere mal acertado, el padre presentado, que lo ha de ver primero, lo remediará o lo quemará. Y yo no habré perdido nada en obedecer a

estas siervas de Dios y verán lo que tengo de mí cuando su Majestad no me ayuda. Pienso poner algunos remedios para algunas tentaciones menudas que pone el demonio, que no por serlo tanto por ventura no hacen caso de ellas, y otras cosas, como el Señor me diere a entender y se me fueren acordando; que como no sé lo que he de decir, no puedo decirlo con concierto y creo es lo mejor no le lle- [h. 4r] var, pues es cosa tan desconcertada hacer yo esta. El Señor ponga en todo lo que hiciere sus manos para que vaya conforme a su santa voluntad, pues son estos mis deseos siempre, aunque las obras tan faltas como yo soy. Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiere, para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor. Y este amor, junto con los años y experiencia que tengo de algunos monasterios, podrá ser aproveche para atinar cosas menudas más que los letrados, que por tener otras ocupaciones más importantes y ser varones fuertes, no hacen tanto caso de cosas que en sí no parecen nada y a cosa tan flaca como somos las mujeres todo nos puede dañar. Porque [h. 4v] las sotilezas del demonio son muchas para las muy encerradas, que ven son menester armas nuevas para dañar. Y yo, como ruin, heme sabido mal defender y así querría escarmentasen mis hermanas en mí. No diré cosas que o en mí o por verlas en otras no las tenga por experiencia. Pocos días ha me mandaron escribiese cierta relación de mi vida, adonde también traté algunas cosas de oración, podrá ser no quiera mi confesor las veáis por ahora, y por esto porné aquí alguna cosa de lo que allí va dicho y otras que también me parecerán necesarias. El Señor lo ponga por su mano, como le he suplicado, y lo ordene para su mayor gloria. Amén.

[p. 1]

Capítulo primero. De la causa que me movió a hacer con tanta estrechura este monasterio.

El principio que se comenzó este monasterio a fundar, por las causas que están dichas en el libro que tengo escrito con algunas grandezas del Señor, en que se dio a entender le había mucho de servir en esta casa, no fue una intención hubiese tanta aspereza en lo exterior ni que fuese sin renta, antes quisiera hubiera posibilidad para que no faltara nada; en fin, como flaca y ruin, aunque algunos buenos intentos llevaba más que mi regalo. En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia, y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta, diome gran fatiga, y como si yo pudiera algo o fue- [p. 2] ra algo, lloraba con el Señor y le suplicaba remediase tanto mal.

[h. 1r] [Portada]

Libro llamado castillo interior o las moradas, escrito por la madre Teresa de Jesús, fundadora de las descalzas carmelitas para ellas

[Debajo escudo del Carmelo descalzo]

En Salamanca, por Guillelmo Foquel, MDLXXXVIII [1588]

[p. 1]

Libro llamado Castillo Interior o Las Moradas, que escribió la madre Teresa de Jesús, fundadora de las descalzas carmelitas por mandado de su superior y confesor.

Pocas cosas me ha mandado la obediencia se me han hecho tan dificultosas como escribir ahora cosas de oración. Lo uno porque no me parece me da el Señor espíritu para hacerlo ni deseo; lo otro por tener la cabeza tres meses ha con un ruido y flaqueza tan grande que a los negocios forzosos escribo con pena. Mas entendiendo que la fuerza suele allanar cosas que pa- [p. 2] recen imposibles, la voluntad se determina a hacerlo de muy buena gana, aunque el natural parece que se aflige mucho, porque no me ha dado el Señor tanta virtud que el pelear con la enfermedad continua y con ocupaciones de muchas maneras se pueda hacer sin gran contradicción suya. Hágalo el que ha hecho otras cosas más dificultosas por hacerme merced, en cuya misericordia confío. Bien creo he de saber decir poco más que lo que he dicho en otras cosas que me han mandado escribir, antes temo que han de ser casi todas las mismas, porque así como los pájaros que enseñan a hablar no saben más de lo que les muestran u oyen y esto repiten muchas veces, soy yo al pie de la letra. Así, si el Señor quisiere diga algo nuevo, su Majestad lo dará o será servido traerme a la memoria lo que otras veces he dicho, que aun con esto me contentaría, por tenerla tan mala que holgaría de atinar algunas cosas que decían estaban bien dichas, por si se hubieren perdido. Si tan poco me diere el Señor esto, con cansar- [p. 3] me y acrecentar el mal de cabeza por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no se saque ningún provecho. Y así, comienzo a cumplirla hoy día de la Santísima Trinidad, año de 1577, en este monasterio de San José del Carmen en Toledo, a donde al presente estoy, sujetándome en todo lo que dijere al parecer de quien me lo manda escribir, que son personas de grandes letras. Si alguna cosa dijere que no vaya conforme a lo que tiene la santa Iglesia católica romana, será por ignorancia y no por malicia. Esto se puede tener por cierto y que siempre he estado y estaré sujeta por la bondad de Dios y lo estoy a ella, ¡sea por siempre bendito, amén, y glorificado!

Dicho me han, quien me mandó escribir, que como estas monjas de estos monasterios de nuestra señora del Carmen tienen necesidad de quien algunas dudas de oración las declare, que les parecía que mejor se entiende el lenguaje unas mujeres de otras y que, con el amor que me tienen, les haría más al caso lo que yo les dijese; y que tienen enten- [p. 4] dido por esta causa será de alguna importancia, si se acierta a decir alguna cosa. Por esto iré hablando con ellas en lo que escribiere y porque parece desatino pensar que puede hacer al caso a otras personas. Harta merced me hará nuestro Señor si alguna de ellas se aprovechare para alabarle algún poquito, mas bien sabe su Majestad que yo no pretendo otra cosa. Y está muy claro que, cuando algo se atinare a decir, entenderán no es mío, pues no hay causa para ello si no fuere tener tan poco entendimiento como yo y habilidad para cosas semejantes si el Señor por su misericordia no la da.

Moradas primeras. Hay en ellas dos capítulos.

Capítulo I. En que trata de la hermosura y dignidad de nuestras almas, pone una comparación....

